



COLEGIO DEL PRADO

EDUCACIÓN SECUNDARIA

Espacio curricular: Lengua

Curso: 3º "A"

Profesor: Víctor Andrés Olivera

Asignatura: Lengua

Email: oliveravictorandres@gmail.com

Unidad I: texto expositivo e historia de la lengua castellana Corpus de textos expositivos

Dossier textos expositivos

1. Secretos íntimos del cerebro lector
2. La magia de leer
3. Las máscaras griegas
4. La educación en la antigua Roma
5. La cerámica, testimonios de culturas americanas
6. El chocolate, alimento de los dioses
7. Argentina, país de muchas lenguas
8. Se extinguen miles de lenguas

1) Secretos íntimos del cerebro lector

La lectura provoca alteraciones estructurales como todo aprendizaje. El cerebro es un órgano muy plástico y leer es para la mente como ir al gimnasio.

El psicólogo español Manuel Carreiras conoce los secretos científicos de la lectura, aquellos procesos silenciosos que se activan en nuestro cerebro en el preciso momento en que un libro –novela o ensayo– nos hipnotiza y nos secuestra del mundo.

Psicólogos y neurocientíficos descubrieron algo ya sabido por escritores, libreros, profesores de literatura: leer nos transforma por dentro...y mucho; desencadena procesos complejos y automatizados. Por eso nos parecen tan simples.

“Al leer, tres áreas de la corteza exterior del cerebro trabajan; el lóbulo frontal, encargado de procesar las imágenes; el lóbulo occipital, que asocia los símbolos que percibimos, o sea, las letras con un significado, y también el lóbulo temporal- cuenta el director científico del Centro Vasco de Cognición, Cerebro y Lenguaje en San Sebastián. Se ven claras diferencias morfológicas entre los cerebros de aquellos que leen y aquellos que no leen”.

Ninguna actividad humana moviliza y ejercita tantas variedades de memoria como la lectura: al leer ponemos en acción la memoria verbal y visual, realizamos varias operaciones complicadas de codificación ortográfica, semántica, fonológica. Nuestro cerebro, por ejemplo, es sensible a la ortografía, a la posición de las letras en una palabra. No es lo mismo “sol” que “los”.

Cuando leemos, cuenta Carreiras, no nos detenemos letra por letra. Escaneamos el texto. Si bien no dejamos de reconocer las letras, no somos conscientes de eso. Leemos a pantallazos. Extraemos información de muchas fuentes. De ahí la importancia de la tipografía, la relevancia del diseño gráfico, del “traje” que viste a un texto. Lo cual explica también por qué no es exactamente lo mismo leer en un libro, en Internet o en un Kindle, aunque se trate del mismo texto, de las mismas palabras escritas por el mismo autor.

Leer, no es una actividad marcada por la pasividad. Es el combustible de las neuronas, una actividad que nos enriquece cerebralmente, además de incentivar la capacidad de abstracción, la imaginación y la concentración. Stéphan Mallarmé, poeta francés del siglo XIX decía que al leer, un concierto solitario y silencioso se produce en nuestra mente. Todas nuestras facultades mentales están presentes en esa exaltación sinfónica. Neurocientíficos y psicólogos como Carreiras ahora amplían esta imagen: leer es una actividad tan musical como eléctrica. Todo un festín para el cerebro.

2) La magia de leer

La poderosa magia de la lectura se funda en dos magias previas e imprescindibles: la del lenguaje y la de la escritura. Llevamos tantos años conviviendo con ellas que ya no nos sorprenden. Por ello necesitamos desacostumbrarnos de lo cotidiano, y recuperar la capacidad de asombro. Tal vez el acontecimiento más importante en la vida de un niño sea comprobar que cada cosa tiene un nombre. Todo lo que tiene que ver con el lenguaje es desmesurado y misterioso, es a la vez trascendental y rutinario. Al acercarse a la palabra sobrecoge su complejidad, su eficacia, su maravillosa lógica, su selvática riqueza, su espectacular manera de estallar dentro de la cabeza, como un fuego de artificio, los mil y un caminos por los que influye en nuestras vidas, su capacidad para enamorar, divertir, consolar, y también para aterrorizar, confundir, desesperar.

Nadie sabe cómo apareció el lenguaje, es decir, cómo se las arreglaron nuestros mudos antepasados para volverse locuaces. La imposibilidad de explicar el prodigio hizo que algunos lingüistas llegaran a la conclusión de que el mismo Dios tenía que haber

entregado al hombre tan sutil invento, con sus declinaciones y subjuntivos. La pulsión por inventar lenguas parece inagotable. En la actualidad hay censados 5103 idiomas. Semejante fertilidad no será repartida uniformemente. En la India hay 1652 lenguas, mientras que en Europa sólo se mantienen unas 70. Como no hay razón para admitir una peculiar falta de inventiva lingüística europea, podemos suponer que fueron causas políticas las que provocaron la supervivencia de unas pocas y la desaparición del resto. Los estados muy centralizados suelen considerar engorrosa la proliferación lingüística.

La inteligencia humana literalmente rompió sus límites con la aparición del lenguaje. La realidad entera quedó encerrada en las palabras, se hizo manejable, transmisible. El mundo, que estaba lleno de cosas, se llenó de narraciones poéticas, fantásticas, históricas, científicas, religiosas, mitológicas. Había aparecido la gran alquimia. A partir de ese momento, la realidad fue lo que era más lo que se podía decir de ella. El pensamiento, que hasta entonces debió de ser una yuxtaposición de imágenes y sentimientos, se articuló en conceptos e ideas y metáforas. Se inventaron palabras y sintaxis para pensar mejor o para expresar mejor lo que se pensaba. Y cuando aparecieron entidades difíciles de manejar con palabras, como eran las matemáticas, se crearon nuevos lenguajes: la aritmética, el álgebra, las geometrías, que nos permiten contar maravillosas historias de esos seres ideales y archipuros. Y cuando se inventaron las notaciones musicales se alcanzó el gran prodigio de que, en las partituras, la música se pudiera leer.

3) Las máscaras griegas

Aunque sus inicios estuvieron vinculados al culto religioso, las máscaras griegas posteriormente formaron parte de las actividades artísticas desarrolladas con el teatro. A continuación, un breve repaso de los rasgos, tipos y funciones de estos elementos artísticos.

Fueron usadas por primera vez por el dramaturgo Téspis como un elemento para caracterizar a los personajes que escenificaban dramas de política, religión o de la vida cotidiana dentro de una obra.

A partir de los cánticos y danzas en honor al dios Dionisio, nació el teatro, y en consecuencia las máscaras griegas. De esta manera, se realizaban aplicando al rostro un simple maquillaje de pigmentos blancos, marrones o grises, aunque a veces se fabricaban con pasta de hojas de acanto, trapos de lino moldeados, maderas talladas, y algunas rematadas con pelucas. Generalmente, las máscaras utilizadas eran de naturaleza inmóvil, es decir, con una mueca fija de tragedia o risa. Así, dentro de una misma obra, los actores en escenas podían interpretar varios personajes o variar sus rostros para cambiar el estado de ánimo de alguno de ellos, e incluso, demostrar el rango de un rol.

Las representaciones teatrales de la cultura griega se diferenciaron por tener tres estilos diferentes, que igualmente influía en los tipos de máscaras. Por consiguiente, las máscaras de la comedia solían ser toscas y ridículas y se construían con una sonrisa, deformando los gestos o los rasgos del personaje, que también se vinculaban con la representación de burla de los hombres con alto poder. En cambio, las de la sátira, eran más fantásticas y con fisonomías zoomorfas, por ser un género más divertido; mientras que las de la tragedia representaban diversos personajes: jóvenes, viejos o mujeres, que de una manera muy trágica o severa estaban relacionados con sentimientos de amor o pérdida, sin abandonar la belleza que las caracterizaba.

Adicionalmente a su capacidad de hacer resonar la voz del actor, para darle más cuerpo, profundidad y alcance a cada rol, las máscaras griegas también indicaban el tipo de personaje a interpretar y el traje a utilizar, estableciendo la personalidad, la emoción y el género, además de tener el firme propósito de permitirle a los espectadores identificar a cada uno de los personajes dentro de un drama.

4) La educación en la antigua Roma

La educación tenía un papel muy importante en la antigua Roma, ya fuera para los hijos de las clases altas, destinados a emprender una carrera política o administrar sus bienes; las damas nobles que debían ocuparse de su familia; o incluso muchos hombres y mujeres de extracción humilde: todos necesitaban una formación básica que les permitiera abrirse paso a su manera en la sociedad.

Aunque la educación estaba lejos de ser universal, Roma fue posiblemente la sociedad del mundo antiguo más alfabetizada a nivel básico, incluso más que en algunas épocas posteriores. En parte se debía a su carácter global, ya que la importancia del comercio hacía necesario tener unas mínimas nociones de lenguaje y cálculo. Pero también tenía un papel fundamental el concepto amplio de ciudadanía, que esperaba que los ciudadanos interiorizaran una serie de normas y tradiciones que definían qué significaba ser romano.

SER NIÑO EN ROMA

Los primeros años de vida se desarrollaban en el seno de la familia, la unidad social alrededor de la cual giraba toda la sociedad romana. En esa etapa la educación era responsabilidad de la madre y se dirigía sobre todo a interiorizar las tradiciones, leyes y normas sociales romanas, es decir, aprender a comportarse como parte de la sociedad: seguir el mos maiorum (“la costumbre de los ancestros”) era la obligación moral de un buen romano, sin importar su clase social.

Entre las mujeres nobles era práctica común delegar esta responsabilidad en las nodrizas, esclavas de confianza o mujeres libres al servicio de la familia. Al acompañar a los niños en casi todas sus actividades durante su primera infancia, era normal que

estos desarrollaran una relación más estrecha con sus nodrizas que con sus madres biológicas y se ocuparan de ellas en su vejez como si fueran su propia familia.

DIFERENCIAS DE CLASE SOCIAL Y SEXO

A partir de los siete años, empezaba la educación que podríamos definir como escolar. Aquí el camino tomaba vías muy distintas según la clase social y el sexo: a las niñas se las empezaba a instruir en los quehaceres domésticos, ya que la obligación principal de la mujer romana era ser esposa y madre. Sin embargo, al igual que los niños, muchas asistían algunos años a lo que podíamos llamar una escuela elemental donde se aprendía lo básico: leer, escribir y hacer cálculos simples, ya que eran nociones que necesitarían para administrar sus bienes; en Roma se usaba el dinero y no el trueque, y en muchas actividades de la vida cotidiana era necesario al menos conocer el alfabeto.

Esta educación era impartida por un maestro o litterator, pero las condiciones diferían enormemente según la clase social: mientras que las familias nobles o ricas podían permitirse enviar a sus hijos a una escuela o contratar maestros privados, los menos favorecidos tenían que conformarse con pagar a litteratores que daban clases en plena calle por un precio muy bajo, a menudo esclavos liberados o libertos. Los materiales también iban en consonancia con el precio, y los niños que estudiaban en estas escuelas de la calle practicaban la escritura y el cálculo con tablillas de cera y lápices de madera.

Entre estudios y ejercicios, también había espacio para la diversión. Muchos de los juegos más característicos de la infancia, como el escondite o la gallinita ciega, ya eran populares en la época romana. Los juguetes solían ser muy rudimentarios y hechos con materiales naturales, como una especie de juego de canicas practicado con nueces. También eran muy populares las muñecas, desde las más sencillas a base de madera hasta las más lujosas de marfil, pasando por un rango medio de materiales como la terracota: las más complejas tenían extremidades articuladas y ropa. Precisamente uno de los ritos que debía pasar una chica al casarse era entregar sus muñecas en ofrenda a los dioses, dejando atrás su vida de niña.

UNA EDUCACIÓN DESIGUAL

La segunda etapa de estudios, que empezaba en torno a los 10 u 11 años, correspondía al grammaticus, un profesor que impartía un variado abanico de conocimientos como historia, literatura o geografía. Se tomaba como referencia los textos clásicos de los grandes autores griegos y romanos: Homero, Platón, Virgilio, Cicerón, Horacio... Era lo que hoy llamaríamos una enseñanza "de letras" donde las ciencias tenían poco peso, ya que se consideraban un saber especializado y no necesario para el común de los ciudadanos. Esta educación de mayor nivel ya estaba fuera del alcance de las clases humildes, a las que por otra parte no resultaba de utilidad para sus necesidades.

También disminuía el número de chicas, ya que a partir de la pubertad ya eran consideradas aptas para casarse y se dedicaban a aprender a administrar una casa -lo que, en el caso de las nobles, suponía también estar a cargo de las empleadas y esclavas domésticas-. Sin embargo, entre las familias nobles no era raro que también las niñas accedieran a esta etapa, ya que una educación culta era un símbolo de estatus; especialmente si la madre se ocupaba de sus hijos en la infancia en lugar de confiarlos a una nodriza, ya que entonces era deseable que tuviera una buena formación.

La última etapa de la educación, por lo general solo seguida por los varones de familias de clase senatorial o ecuestre, era la preparación para la vida política. A los 15 o 16 años eran confiados a un rhetor, un maestro especializado en oratoria que les enseñaba las técnicas del discurso y la argumentación. En casos raros también las mujeres de familias nobles eran alumnas o incluso profesoras: esto sucedía mayoritariamente en el caso de las libertas, esclavas que habían comprado su libertad y a veces conseguían hacer fortuna; ya que al no tener la ciudadanía romana no estaban ligadas a las normas sociales y morales de la misma.

La educación física también tenía un papel importante en la vida de los romanos de clase alta, ya que a la carrera política iba ligado a menudo el servicio militar. Asimismo, el ejercicio físico como actividad recreativa ganó popularidad a partir de la absorción del mundo griego en el siglo II a.C., una cultura que daba mucha importancia a las competiciones atléticas. Como sucedía con la educación, las chicas generalmente quedaban apartadas de esta formación, con la excepción nuevamente de algunas mujeres de familias más bienestantes que lo hicieran como pasatiempo particular.

A pesar de las grandes diferencias entre clases y sexos, la educación en la antigua Roma era notablemente más extendida que en otras sociedades antiguas como la egipcia o incluso la griega, en las que la enseñanza era un privilegio muy exclusivo. La mayor diversidad de maestros hacía accesible el conocimiento básico a más gente, pero la otra cara de la moneda eran precisamente estos enseñantes, peor pagados y considerados de los profesores griegos o los respetados sacerdotes egipcios.

5) La cerámica, testimonios de culturas americanas

Con el paso del tiempo, la vida de las culturas deja testimonios ocultos en las entrañas de la tierra. Los arqueólogos estudian los cambios que se producen en la sociedad, a través de restos materiales distribuidos en el espacio y contenidos en el tiempo como la cerámica.

La cerámica es la mejor herramienta del arqueólogo. Y esto es así porque los restos materiales de una cultura pueden sobrevivir en el tiempo, aun muchos siglos después de que sus realizadores hayan desaparecido de la faz de la Tierra. Los restos de carácter orgánico, como el hueso, la madera, el tejido o el cuero, desaparecen en ciertos ambientes sin dejar rastro;

mientras que los de carácter inorgánico como la piedra son prácticamente inalterables. La cerámica, o el barro, que, tras su modelado y cocción adquiere perdurabilidad, es uno de los restos materiales más útiles.

La mayoría de los pueblos americanos de la Antigüedad, de cultura agrícola y sedentaria, manufacturaron grandes cantidades de cerámica; en primera instancia para cubrir sus necesidades cotidianas, como las de cocina, vajilla y almacenamiento; pero también con motivos rituales y ceremoniales. Los sitios arqueológicos suministran toneladas de tiestos y también de fragmentos de cerámica.

La elaboración de la cerámica exige un proceso previo de selección de la arcilla, lavado de impurezas, adición de un material desengrasante, tal como paja, arena, valvas marinas o cerámica molida, que permita su modelado, secado al sol y cocción. No todos los pueblos utilizaron los mismos tipos de arcilla para sus creaciones, ni las mismas clases de desengrasante. Tampoco las cocieron de la misma manera, aun dentro del escaso margen de variedad que permite el horno abierto, que fue el único conocido en la América indígena. Según los registros arqueológicos, los acabados, las formas y los estilos de decoración son también muy variados.

Las superficies pueden estar pintadas o engobadas, pulidas, llanas o modeladas. Se entiende por engobe una arcilla coloreada o no, que se aplica sobre la cerámica a modo de esmalte para modificar su aspecto externo, aportando una textura terrosa no vítrea.

En el caso de la cerámica usada con fines ceremoniales o rituales, se observan estilos muy definidos y, por lo tanto, fácilmente atribuibles a determinada época y aun a determinada fase temporal dentro de una cultura. En consecuencia, su aparición puede ser muy significativa para el investigador.

Los tiestos, que se cuentan por millares en cualquier yacimiento arqueológico, son rigurosamente clasificados por los arqueólogos en tipos o grupos que muestran ciertas características comunes: tipos de pasta, desengrasante, acabado superficial, decoración, etc. Además, se registra la profundidad a la que fueron encontrados, ya que a mayor profundidad puede suponerse en principio una mayor antigüedad. Estos datos, volcados en gráficos, permiten ver con qué frecuencia aparecen ciertos tipos en determinadas épocas, la aparición gradual de nuevos tipos, o la desaparición de otros.

Así, se establecen series cronológicas, primero relativas, porque solo se sabe que un estilo es más antiguo que otro, y luego más definitivas, cuando se puede fechar con precisión un objeto con métodos como el de radiocarbono. Y como cada cultura posee diferentes tipos de cerámica y estilos, este entramado cronológico puede completarse paulatinamente. Este es el rompecabezas que el arqueólogo se encarga de reconstruir.

En síntesis, la cerámica por ser el resto material que mejor se conserva es el más útil para el trabajo del investigador; sobre todo aquella usada con fines rituales y ceremoniales, ya que, por sus estilos definidos, es más fácil ubicarla temporalmente.

6) El chocolate, alimento de los dioses

El chocolate, que se prepara a partir de los granos de cacao –el fruto del árbol del cacao– es consumido desde hace siglos. Los olmecas, la primera cultura que alcanzó un elevado grado de desarrollo en Centroamérica, vivieron en lo que hoy es México hace más 3.000 años. El clima cálido y húmedo de la zona era perfecto para el cultivo del delicado árbol del cacao. Los mayas, que se establecieron en la región algunos siglos después de la desaparición de la cultura olmeca, utilizaban los granos de cacao para preparar una bebida amarga y muy picante. Esta bebida se tomaba durante los rituales sagrados y sacrificios realizados por sus sacerdotes, reyes y nobles.

La civilización maya también tuvo un final misterioso, y fue reemplazada por la tolteca hacia el Siglo IX y, posteriormente, por la azteca. Estas dos culturas adoptaron la tradición de la bebida sagrada, a la cual llamaron xocoatl (de xoco, amargo, y atl, agua). Para los aztecas, esta bebida amarga y picante constituía una fuente de sabiduría y energía, un afrodisíaco y un bálsamo calmante. En esa época, los granos de café también fueron utilizados como moneda y como ofrenda a los dioses.

El primer europeo que entró en contacto con el cacao fue Cristóbal Colón. En 1502, durante su cuarto viaje al Nuevo Mundo, probó el chocolate y lo encontró excesivamente amargo y picante. Varios años más tarde, en 1528, el conquistador español Hernán Cortés llevó a España este oro marrón y la receta de la exótica bebida.

Los españoles añadieron azúcar y otros ingredientes a esta bebida energética tan especial –a la que denominaron chocolate– y en poco tiempo se convirtió en una exquisitez de moda que fue consumida en la corte española durante casi un siglo. En 1615, año en el que se casaron la princesa española Ana y el rey francés Luis XIII, la bebida fue probada por primera vez en Francia. De allí saltó a las demás cortes reales y salones refinados de Europa. Hasta los albores de la Revolución Industrial, el consumo de chocolate –en forma, todavía, de bebida caliente– era un privilegio reservado a los más pudientes.

Luego llegó la época de los pioneros del chocolate en Italia, Bélgica, Alemania, Holanda y, por supuesto, Suiza, así como en otros países, quienes hicieron realidad sus audaces visiones e ingeniosas ideas.

Finalmente, gracias a su capacidad para desarrollar técnicas y recetas con el objetivo de obtener una versión sólida de esta bebida popular, el público en general llegó a tener, con el tiempo, acceso al chocolate sólido. Fueron muchos los pioneros que realizaron valiosas contribuciones a la historia moderna del chocolate, pero la innovación más revolucionaria fue probablemente el proceso de conchaje, inventado por el chocolatero suizo Rodolphe Lindt en 1879. Gracias a este proceso, el chocolate, que originalmente era un material frágil, arenoso y algo amargo, empezó a deshacerse en la boca de los amantes del chocolate del mundo entero y fue elevado al panteón de los placeres más sublimes conocidos por el hombre.

7) Argentina, país de muchas lenguas

La Argentina, a pesar de tener como lengua oficial al castellano (es el idioma de la administración pública y el que se enseña en las escuelas), está lejos de ser un país monolingüe, es decir, de una sola lengua. Por el contrario, es un país con una vasta diversidad de lenguas. Algunas de ellas se remontan a tiempos antes de la colonización europea, allá por el siglo XV. Otras, llegaron a América en las distintas inmigraciones a lo largo de la historia.

En nuestro país, a nivel provincial, varias lenguas de pueblos originarios han sido declaradas cooficiales en los últimos años. Tal es el caso de la lengua guaraní declarada co-oficial con el castellano en la Provincia de Corrientes en el 2004; el mocoví, el qom (o también conocida como toba) y el wichí fueron declarados co-oficiales en la Provincia del Chaco en el año 2011.

El castellano, por lo tanto, está en contacto con muchas lenguas. En las zonas de frontera (Misiones, Formosa, Jujuy, etc.), por ejemplo, el español interactúa con el portugués de Brasil, con el guaraní de Paraguay o con el quechua y con el aimara que hablan en Bolivia. Teniendo en cuenta esto, nos encontramos que en Argentina se hablan 15 lenguas originarias de América, distribuidas a lo largo de todo el país, especialmente en la parte noroeste y en la Patagonia.

Algunas de las lenguas originarias son las siguientes:

Aymara: Es la lengua del pueblo del mismo nombre que, desde tiempos precolombinos, habita la meseta andina del Lago Titicaca; su población se ubica en lo que hoy es el occidente de Bolivia, el sur del Perú y el norte de Chile. En nuestro territorio se emplea el aymara 9 en zonas fronterizas con Bolivia y a lo largo de todo nuestro territorio, producto de la migración proveniente de los países de Bolivia (principalmente) y Perú. Es una lengua transnacional.

Guaraní: Es la lengua más hablada en América del Sur luego del español, portugués y quechua. Una de las causas de la expansión del guaraní es que, junto con el quechua, fue elegida como medio para la evangelización y dominación durante los primeros años de la conquista española. La lengua guaraní, hablada por población que a menudo no se reconoce como indígena, participa de la familia lingüística tupí guaraní. En la actualidad es oficial en el Paraguay y en nuestra provincia de Corrientes.

Mapudungún: El mapudungún o mapuzungún es la lengua del pueblo Mapuche (o Mapuce), pueblo indígena ubicado geográficamente en zonas cordilleranas entre Chile y Argentina. En nuestro país se registraron alrededor de 78.500 mapuches, en las provincias de Chubut, Neuquén, Río Negro y Santa Cruz; y casi 35.000, en La Pampa, Buenos Aires, Ciudad Autónoma de Buenos Aires y resto del país. El mapudungún, lengua de la tierra (mapu: tierra, dungu: lengua), posee más hablantes en Chile que en Argentina. La ausencia de registros de monolingües en mapudungún, y la observación de que los niños y jóvenes mapuches han adquirido la lengua española como primera lengua, nos hacen pensar en la retracción de esta lengua indígena en Argentina; no obstante, hay procesos de revitalización mediante emprendimientos de aprendizaje de jóvenes mapuches e incluso de no mapuches, interesados en la lengua y la cultura de ese pueblo.

Mbyá guaraní: Es otra de las lenguas transfronterizas ya que encontramos hablantes en Brasil y Paraguay (esto da cuenta de la arbitrariedad de las fronteras entre países). La lengua mbyá pertenece a la familia lingüística tupí guaraní, junto con el avá guaraní, guaraní y el tapetí. En nuestro territorio, aproximadamente 4.000 mbyás 12 viven en la provincia de Misiones y otros tantos en el resto del país. La lengua tiene un alto grado de vitalidad ya que se transmite de generación en generación y para muchos es su primera lengua.

Quechua: Era el idioma oficial de los incas; actualmente, es la tercera lengua más hablada en América del Sur, después del español y portugués. Fue la lengua predominante en el NOA (noroeste argentino) durante tres siglos; los primeros años de la Invasión Española, los colonizadores la utilizaron como medio de evangelización y dominación. Posteriormente, bajo la presión de la imposición del español, su uso fue retrayéndose, pero siguió empleándose en algunas zonas jujeñas y en la región central de Santiago del Estero. Es notable la influencia que ha tenido en el español de la región.

Esta es la lengua indígena que compartimos con más países: Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador y Perú. En nuestro territorio podemos reconocer la variedad del quechua del Nordeste Argentino, la de Santiago del Estero, la de Bolivia (empleada por inmigrantes en diferentes lugares urbanos y rurales del país) y la peruana (utilizada por inmigrantes de Perú).

8) Se extinguen miles de lenguas

Se calcula que en todo el mundo se hablan 7.000 lenguas, aunque se teme que esta cifra pueda reducirse rápidamente en las próximas décadas ¿Pero, qué pasa cuando un idioma desaparece?

En 1992, algunos lingüistas predijeron que en el 2100 habrían desaparecido el 90 % de las lenguas del mundo, y todavía muchos temen que no se esté haciendo lo suficiente por proteger nuestros idiomas. «La mayoría de la gente no está interesada por la muerte de las lenguas», dice el filólogo francés Claude Hagege. «Si no tenemos cuidado con la manera en que está progresando el inglés, este idioma podría acabar matando la mayoría de las demás lenguas», asegura.

Según Ethnologue, una organización estadounidense que elaboró una base de datos sobre las lenguas del mundo, 473 están clasificadas actualmente como en peligro de desaparecer. Entre ellas, la de los Apaches Lipan de E.E. U.U. —que hablan dos personas— o el Bikya, que sólo habla una persona, en Camerún.

Menos aislados

El 94 % de la población mundial habla sólo un 6 % de todos los idiomas existentes. El más hablado, por población, es el mandarín (845 millones), seguido del español (329) y el inglés (328), pero hay 133 lenguas que sólo las hablan 10 personas o menos en todo el mundo, según Ethnologue. Cada vez es más frecuente que pequeñas comunidades salgan de su aislamiento para buscar la interacción con otras partes del mundo. La reducción del número de idiomas podría ser una consecuencia de ello, pero ¿por qué habría que luchar para evitarlo? «En esencia, (si no lo hacemos) perderíamos un gran patrimonio cultural, la manera de expresar nuestras relaciones con la naturaleza, con el mundo y con nosotros mismos», dice Hagege, para quien los idiomas no son sólo una colección de palabras. «Son un organismo vivo, explica, que acaban definiendo una cultura». Por eso, cuando una lengua se extingue, la cultura en la que ha vivido se pierde también. [...]

No es tarde

No obstante, quizás no sea demasiado tarde para aquellos que quieren garantizar la supervivencia de las lenguas minoritarias. Como ocurrió con el galés en Reino Unido, un lenguaje puede resucitar con el esfuerzo de la comunidad. «El hebreo, como dice Claude Hagege, era una lengua muerta a comienzos del siglo XIX, pero ahora es de uso común entre los judíos». Aunque no es tan fácil para otras lenguas diezmadas que no cuentan con tantos defensores. «Por un lado, las comunidades más pobres, débiles y pequeñas están intentando llamar la atención sobre el problema; por otro, las grandes sociedades no tienen ni idea de ello», lamenta

Paul Lewis. «Pero igual que gastamos una enorme cantidad de dinero en preservar edificios, porque son parte de nuestro patrimonio, estas lenguas y culturas también se merecen ser conservadas».